

IX.

IX. “EL PASTOR BUENO”

“Los escribas y fariseos le llevan una mujer sorprendida en adulterio, la ponen en medio y le dicen: “Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. Moisés nos mandó en la Ley apedrear a estas mujeres. ¿Tú qué dices?” Esto lo decían para tentarle, para tener de qué acusarle. Pero Jesús, inclinándose se puso a escribir con el dedo en la tierra. Pero, como ellos insistían en preguntarle, se incorporó y les dijo: “Aquél de vosotros que esté sin pecado, que le arroje la primera piedra.” (Jn. 8, 3-7)

La gran batalla de Jesús en el templo consta de varias fases. Una de las importantes es la que se desarrolla en la fiesta de las tiendas. Los judíos se negaban a reconocer su capacidad para enseñar “Asombrados, decían: ¿Cómo entiende las letras sin haber estudiado?” (Jn. 7, 15) Jesús, en cambio, apela a la verdad de su doctrina, que es doctrina del Padre, “el que me ha enviado.” Cualquier oyente puede comprobar si corresponde a lo que Dios ha revelado. “El que quiera cumplir su voluntad, verá si mi doctrina es de Dios.” (Jn. 7, 17) La respuesta no deja de ser polémica; hay quienes no quieren. Antes de ser problema de verdad, es problema de querer o no querer el bien; problema de justicia o de pecado. Jesús es mensajero de justicia y denuncia el pecado porque este es el encargo recibido del Padre. Los adversarios se niegan a creer en Él bajo el pretexto de que le conocen. Creen que lo conocen. Se niegan a ver más allá de las apariencias. Su juicio es superficial.

En los días de los Tabernáculos, Jerusalén es un hervidero de pueblos. Desde su base del huerto del Getsemaní, Jesús entra cada día al templo para enseñar. No son los días pacíficos de Galilea. La gente se apretuja para escucharle: tanto los de corazón limpio, como los de alma retorcida y soberbia. Los primeros buscan la verdad; los últimos tratan de defender su poder y sus intereses. Es el centro de la ciudad de David, la roca fuerte del poder sacerdotal; los

guardianes celosos de la tradición y de la ley; los escribas, maestros de su verdad y comentaristas autorizados; los fariseos y miembros del sanedrín, la gran asamblea de la teocracia.

En esta circunstancia, el enfrentamiento alcanza su máxima violencia. Hay que matar a ese hombre que está minando nuestras tradiciones e instruye al pueblo. Muchos le reconocen como Mesías. “¿Cuando venga el Cristo, hará más señales que las que hace este?” Jesús lo proclama abiertamente, sin duda está hablando de Dios como Padre suyo: “Yo lo conozco, porque vengo de Él, y Él es el que me ha enviado.” La indignación de los adversarios se fragua en diferentes intentos para detenerle. Se enteraron los fariseos que la gente hacía estos comentarios acerca de Él y enviaron guardias para detener a Jesús.

“El que me ha enviado es veraz pero vosotros no le conocéis.” Aquello que ellos no reconocen es que Dios mismo lo haya enviado, porque al reconocerle, descubrirían sus propios pecados. Al contrario, piensan aplastarlo con la autoridad y la fuerza. Dos veces intentan aprehenderle en esta fiesta y le envían guardias para detenerle, pero su doctrina es tan deslumbrante que nadie se atreve a tocarle. “Los guardias volvieron donde los sumos sacerdotes y los fariseos.” (Jn. 7, 45) La gente le escuchaba pasmada, admirada. No hay incoherencia entre este lugar del holocausto frente al Santo de lo Santo, con la predicación de este profeta Nazareno, quien explica la historia de salvación de este pueblo.

Allí, a corta distancia, en el patio superior se ofrecen las víctimas: novillos, ovejas y toros; aquí abajo, en el pórtico de Salomón y el patio de los gentiles, se daba sentido a los sacrificios del corazón, dedicado a Dios. La muchedumbre se entusiasma y lo aclama. Ha dicho: “Si alguno tiene sed, venga a mí y beba el que crea en mí.” (Jn. 7, 37-38) Y recordaban la Escritura: “De su seno correrán ríos de agua viva” que prometía el Espíritu Santo de Dios. Los que desconfían de Él protestan: “De este sabemos de dónde viene, pero cuando venga el Cristo, nadie sabrá de dónde es.”

Hay tres temas que escandalizan: el haber sanado en sábado al ciego de nacimiento; declarar a Dios su Padre y la novedad de su doctrina que se contraponen a Moisés y sus normas tradicionales. Estos temas suscitaban vivos debates; se oían todo tipo de comentarios. “Unos decían: Es bueno. Otros

decían: ¡No! Engaña al pueblo.” (Jn. 7, 12) y lo condenaban. Muchos entre la gente, que le habían oído, decían: “Este, sin duda, es el Profeta”. Otros decían: “Este es el Cristo” pero otros replicaban: “¿Acaso va a venir de Galilea el Cristo?” (Jn. 7, 41) Las opiniones estaban divididas hasta entre los fariseos. Nicodemo les dice: “¿Acaso nuestra Ley condena a un hombre sin haberle antes oído y saber lo que hace?” (Jn. 7, 51) Otros decían: “Cristo vendrá de la descendencia de David. Se originaron pues disensiones y fundados en su ignorancia, le condenaban.” (Jn. 7, 42) “Entonces quisieron detenerle, pero nadie le echó mano, porque todavía no había llegado su hora.”

Las autoridades, atacadas en su propia roca fuerte, se sienten inseguras. Harían cualquier cosa para eliminarle. Y lo intentan. Los guardias no pudieron encontrar un pretexto válido para capturarlo. “Jamás un hombre ha hablado como ese.” (Jn 7, 46) Hay diferencia de opiniones: “Algunos de ellos querían detenerle, pero nadie le echó mano” (Jn. 7, 44) No había otra alternativa: Creer en Él o, bien, condenarlo. “¿Vosotros también os habéis dejado embaucar? ¿Acaso ha creído en Él algún magistrado o fariseo?” (Jn. 7, 47-48) Pero no había razones que justificaran una condena. Era necesario dismantelar su imagen, bajarlo del pedestal, destruir su apariencia de bondad y de misericordia. Una ocasión contundente la ofreció una mujer que fue descubierta en adulterio, entre las miles de chabolas de la fiesta de las tiendas, por los guardias del templo. Era un caso evidente de muerte.

Jesús se mantenía durante el día en el templo y, de noche, en el monte de los olivos. En el día se oía el bullicio de la ciudad, los mugidos de los animales del sacrificio, los gritos de los vendedores y los cantos de los peregrinos. En la noche se escuchaba todo lo contrario, el silencio del monte, la soledad en la sombra nocturna de los olivos, las conversaciones con el Padre celestial. Sólo separaba los dos lugares el valle del torrente Cedrón. Al occidente, el monte de David, la silueta del templo y su cúpula dorada rutilante; al oriente, la montaña, el lugar del mensaje. El Padre bendecía sus planes y conducía al cordero hacia el sacrificio.

El día siguiente a estas discusiones, Jesús llegaba temprano al Templo. “Y todo el pueblo acudía a Él.” El pueblo estaba a la espera con el deseo de sus revelaciones. Los escribas y fariseos al acecho para denunciarle. Ya

habían entendido que su verdadero mensaje era el perdón de los pecados y el arrepentimiento delante de Dios como lo había predicado el Bautista en el Jordán. (Jn. 8, 2) Pero sus enemigos ya le han preparado una trampa. El episodio de la mujer sorprendida en adulterio se vuelve un instrumento para demostrar su infidelidad a la ley y capturarlo. La trampa consistía en exigir la condena a muerte pero la prueba se revierte en contra de sus autores, con tal que sea iluminada por la luz de la verdad.

Los escribas y fariseos llevan una mujer sorprendida en adulterio. Ahora tienen un caso. Poner a Jesús frente a la ley de Moisés. Si acata la ley, entrará en contradicción consigo mismo y su predicación de bondad, el anuncio del reino y el perdón de los pecados. Si perdona el pecado, cometerá un crimen de desacato público a la ley y será reo de muerte. Es la suma autoridad del Templo la que se presenta delante de Él como maestro. Y le dicen: “Esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio.” Se trata, pues, de un pecado, condenado por la ley y tipificado como merecedor de la muerte. “Moisés nos mandó en la ley apedrear a esas mujeres. ¿Tu qué dices?” Ahí estaba la mujer, entre guardias. La mujer había pecado. Es una mujer sin nombre, su nombre es “la adúltera” tiene el nombre de su pecado.

Sin embargo, es un caso real. Con la fiesta de las tiendas, Jerusalén cuadruplicaba su población. La mayoría pasaba las noches debajo de las enramadas. Hombres y mujeres mezclados en la oscuridad y el calor. Los guardias inspeccionaban para defender la moralidad pública. Moisés había establecido, aunque en diferentes circunstancias, la pena capital para los adúlteros sorprendidos en su pecado. La pena consistía en sepultar los adúlteros debajo de un montón de piedras, como cuando se expulsaba al desierto el chivo expiatorio, cargado con los pecados de la comunidad y se le apedreaba. Destruir la ignominia de la culpa quitándoles la vida.

¿Qué sucedió? ¿Quién es esta mujer? ¿Una criatura sola, hambrienta, que se vendió? ¿Una pasión violenta por la que fue arrastrada al pecado? ¿Un ser débil, seducida e infeliz? Sólo se nos presenta en la condición de cautiva, con el peso de la infamia, destinada a la muerte. Mujer sin rostro, sin defensa, sin esperanzas, entre guardias, indiferentes y crueles. Y los acusadores, ancianos,

defensores de la ética y de la dignidad. ¿Para qué llevar la mujer a Jesucristo? No para que la condene, porque ya está condenada. ¿Para solicitar una opinión? ¿Para desenmascarar un farsante? ¿Acepta o no la ley de Moisés? ¿O defiende el pecado? Ellos no creen. No saben que tú destruyes el pecado. Para borrar el pecado sólo hay un camino: ¿la muerte del pecador?

La mujer es generalmente un ser débil y apasionado. El corazón la traiciona. ¿Será que esta mujer amó al hombre que no era su marido? ¿Será que se ha prostituido en los mismos muros sagrados de la ciudad de Dios? No todos los ejemplos de las mujeres de la Escritura respetan la ley. ¿No tuvieron los patriarcas varias mujeres? ¿No llegó el rey David a cometer asesinato para adueñarse de una mujer? ¿No se desvió Salomón del recto servicio de Dios por amor de mujeres? La mujer presentada a Jesús había conocido todo esto; quizás en su pequeño mundo no comprendía el sentido de esa culpa pero, en este momento, no recordaba nada semejante. Sólo sabía que le esperaba la muerte. Era indiferente si la ejecución se le dilatara alguna hora más. Sólo conocía el terror, el miedo al dolor, a lo desconocido.

El cumplimiento de la ley de Moisés es el criterio de justicia. Una ley para guiar una comunidad de personas individuales, pero se reduce a lo genérico: esas mujeres. El género es la única realidad criterio. No hay contacto con la persona, más que a través de las piedras. El yo no existe, su historia personal ha sido olvidada. La ponen en medio para que esté frente a Él. Se establece una relación de cercanía. Apedrear la mujer es hacerla desaparecer debajo de un montón de escombros; como cuando hay un cataclismo, un terremoto y sus escorias. Que no se vea la sangre; que no se oigan gritos. Jesús sabe que dentro de algunos meses ese será el martirio de Esteban, su primer mártir; también sepultado debajo de las piedras para acallar la voz que grita el amor y la fe.

“¿Tú qué dices?” Lo llaman Maestro, para solicitarle una toma de posición teórica y autorizada. Lo hacen juez, para que Él mismo sea juzgado. La hipocresía del engaño se delata por sí misma. ¿Pretendían que Él asumiera una autoridad que no tenía? ¿O que simplemente se declarara contrario a la ley de Moisés? La fama del Maestro compasivo y bondadoso hacía presumir que Jesús no aceptaría la cruel condena. Lo decían para tentarlo pero la sabiduría

del Hijo de Dios contemplaba el episodio desde una posición más elevada. ¿Para qué condenar a muerte a una adúltera? ¿No había pecados más graves en absoluta impunidad? ¿Quién castigaba a los explotadores del pueblo, a los jueces avorazados; quiénes despojaban a los huérfanos y a las viudas? ¿A los violentos, quiénes los encadenaban, atormentaban y torturaban sin piedad; a los mentirosos que falseaban los contratos; a quiénes compraban o vendían los cargos sagrados de las supremas autoridades; a los que defraudaban a los trabajadores; a los que abusaban sexualmente de los inferiores, esclavos y esclavas; a los que adoraban ídolos en secreto?

Jesús contemplaba este panorama aterrador de inmoralidades y observaba a la mujer perdida en este disparejo orden de leyes no cumplidas y la inminencia de su muerte. Sabía que esta aparente condescendencia para con Él, este solicitarle una opinión era parte de una estrategia de muerte. También Él ya estaba condenado, con pruebas o sin ellas. En todos sus encuentros se expresaba el odio; sólo buscaban una ocasión; no soportaban los comentarios que la gente hacía acerca de Él. Pero nadie hablaba abiertamente de Él, por miedo a los Judíos. (Jn. 7, 32) “Estos buscaban pretextos para acusarlo.” (Jn. 8, 6) Por otra parte, el juego tenía su lado oscuro. Al traerle a la mujer para que Él dictaminara, era correr un gran riesgo por parte de los judíos: Era reconocer la autoridad de Él, su dignidad frente a todo el pueblo que en esta fecha acudía al templo pero el odio superaba todo riesgo.

Aceptaron la humillación: Someter su autoridad de escribas y fariseos, a un iletrado, a un Rabbí desconocido. Y se atrevieron con fingida modestia, a solicitar su dictamen. Adivinaban, que por el carácter de su doctrina, el que había resucitado a Lázaro, rechazaría la sentencia de muerte pero Jesús, desde una perspectiva más alta, veía el pecado de la adúltera, juntamente con los pecados de ellos. También Aarón había pecado, fundiendo el becerro de oro, cediendo a la presión idólatra. La solución de Jesús consistió en poner a la vista de todos, sus pensamientos. “Jesús, inclinándose, se puso a escribir con el dedo en la tierra.” Ya estaban escritos y grabados en la piedra los diez mandamientos. Jesús puso las mismas letras en el suelo: “Yo soy tu Dios y no tendrás otros dioses delante de mí. No te harás esculturas, no te postrarás ante ellas, ni les darás culto. No tomarás en falso el nombre de Yahvé. Recuerda el día del sábado para santificarlo. Honra a tu padre y a tu madre. No matarás;

no cometerás adulterio; no robarás; no darás testimonio falso. No codiciarás la casa de tu prójimo, ni codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su sierva.” (Ex. 20, 1-17)

“Las tablas de la ley eran obra de Dios; la escritura grabada sobre la piedra estaba escrita por el dedo de Dios.” (Ex. 32, 16) Esta escritura en el suelo era del dedo de Jesús. Es increíble la coincidencia de las dos escrituras: ambas de la mano de Dios. La primera, frente a Moisés, la grabó Dios Padre; y ésta en el polvo del templo, es la de Dios Hijo. Mientras escribía en el suelo, el ojo de la mente de Jesús penetraba en la conciencia de cada uno de los judíos que pretendían asesinar a la mujer. Esta mirada atravesaba las conciencias, a cada uno les despertaba la memoria, de los ídolos que escondían en sus casas, a quienes temerosos rendían homenaje: a la diosa Isis de Egipto, a Belial de los Cananeos, a Afrodita de Efeso. A otros les iluminaba su libidinosa conducta de viejo; a otros, su avaricia y codicia; a otros, su violencia y crueldad; a otro, sus engaños y mentiras. Reconocían en cada pecado escrito en el suelo, la denuncia de sus propios pecados secretos, puestos ahora frente a todo el mundo.

Tú eras el condenado, pero tu dedo corría sobre las palabras, como tu mirada sobre las llagas morales. Y los condenaba a ellos. “Pero como ellos insistían en preguntarle, se incorporó y les dijo: “Aquel de vosotros que esté sin pecado, que le arroje la primera piedra.” (Jn. 8, 7) ¿Era una sincera invitación o, bien, un sarcástico repudio? ¿El que esté sin pecado escrito aquí en el suelo? Las conciencias iluminadas por la luz de su mirada, se sentían al desnudo, se veían acusadas a su vez. Jesús había trasladado el problema, desde el nivel neutro de la ley, al nivel personal del pecado; desde lo jurídico a lo moral. Ellos son los sometidos a juicio y condenados. No era el caso de cumplir o no cumplir con una ley; sino de ser inocentes o culpables frente al autor de la ley. “E inclinándose de nuevo, escribía en la tierra.” Esta vez escribiría directamente los pecados de cada uno: Tú robaste, tú falsificaste, tú violaste, tú oprimiste al pobre, tú traicionaste.

Las vergüenzas mantenidas en secreto estaban proclamadas bajo la luz del sol. Ninguno de ellos resistió a la humillación de ver frente a sí sus delitos, puestos al descubierto. El juez del mundo, prejuzgado y condenado por ellos, sin más palabras los sentenciaba, con sólo enviar un rayo de luz a su tenebrosa

conciencia y traer a la vista lo que estaba escondido y, quizás, olvidado. “Al oír estas palabras, se estaban retirando unos tras otros.” La confrontación no oponía la mujer a la muerte, sino Jesús a cada uno de ellos y sus pecados. El evangelista recuerda que los primeros en irse fueron los más viejos, sugiriendo implícitamente que fueran los más pecadores. Los pecados se suman a lo largo del camino de la vida y desde la ancianidad se contemplan como una gran barrera oscura que nos separa de la luz de Dios.

Si hubieran tenido humildad y fe, Jesús les habría concedido el perdón pero se fueron con su pesado cargamento de culpas, sin esperanzas. Nadie podría resistir a un ataque personal que llamara en causa sus culpas. El efecto fue emocionante. La mujer quedó en el medio, abandonada, como si fuera una cosa que ya no servía a sus torcidas intenciones. ¿Qué será de ella? Fue entonces cuando Jesús quiso relacionarse personalmente con la mujer culpable. “Y se quedó sólo Jesús con la mujer que estaba delante.” (Jn. 8, 9) ¿Qué pensaría ella de Jesús? ¿Quién era este profeta a quien las autoridades del templo hostigaban? ¿No podía ser un pecador, si a Él le pedían un juicio sobre el pecado! Sintió que dentro de sí se prendía una extraña claridad. ¿Qué autoridad o poder poseería ese hombre si a él le entregaban la responsabilidad de su muerte?

La mujer vio a los ancianos retirarse en silencio. Ellos y los guardias se retiraron lentamente, casi a escondidas, como si ellos también quisieran borrar la huella de un pecado. Esa luz en su interior aclaraba toda su vida y veía todas sus acciones, buenas y malas. Aún hoy, tradicionalmente, se repite que lo mismo sucede a todas las personas al punto de dejar este mundo. Sobre todo vio sus traiciones, infidelidades y caprichos que la condujeron al acto final de ser mujer deshonrada, sin remordimientos ni reglas. Ahora se le representaba un camino bueno que habría podido elegir, el modelo que rechazó, la libertad de la que abusó. Empezó a pensar que esta muerte que tanto le asustaba y que había odiado, ahora tomaba el perfil de un sacrificio amargo, pero saludable. ¿Estaría, quizás, más allá de esta pena su recuperación? ¿Más allá de su aterradora existencia, encontraría la paz? ¿Si hasta las prostitutas, en la Escritura, a veces aparecían como personas dignas de premio! Al final de su aterradora soledad, ¿encontraría el afecto de alguien? No estaría lejos de Dios, el Señor de la vida. Y este profeta, Jesús, con su extraordinario poder y hechizo, ¿tendrá que ver con su muerte?

No lo había ella oído gritar, pocos días atrás: “Si alguno tiene sed, venga a mí y que beba el que cree en mí.” (Jn. 7, 37) ¿Qué significa creer en Él? ¿Quién es Él? ¿Habrá para mí de esa agua, aunque sea antes de morir? ¿No le había oído a la gente que cuando viniera el Cristo, no haría mayores señales que esta? Algunos decían: Este es sin duda el Profeta, otros decían este es el Cristo. ¿Sería el Mesías que los antiguos anunciaron? ¿Por qué entonces las autoridades querían matarlo? Yo conozco mi pecado, pero ¿a Él de qué pecado le acusan? La mujer sintió que aquella lámpara que se había prendido en la oscuridad de su alma, la iba aliviando, hasta descongelar su corazón. Yo me he entregado a tantos hombres sin amor; ¿podría encontrar en Él aquello que nunca se me ha dado? ¿Podría amar?

¿Tendrá Él compasión de mí y me libraré de la muerte? Aquella pequeña luz iluminaba el nacimiento de una esperanza. Los guardias la habían soltado y se habían retirado; sus muñecas estaban libres. Sintió la sangre correr en sus pulsos y recuperar las manos y los dedos. Percibió una ola de calor en su rostro, como una sensación de vergüenza que ya no conocía pero no se atrevió a hacer preguntas ni a abordarle. Ahora, Él era el dueño de ella. Mientras todas sus ataduras habían caído, estaba en sus manos. Algo la amarraba ahora a Él, a ese hombre superior y desconocido. ¿Qué hará conmigo? Y esa pregunta no le daba miedo. Algo le atraía hacia Él. ¿Sería la sed de la que Él había hablado?

De repente Jesús dejó de escribir en la tierra y se enderezó. Dio una mirada alrededor. Ya no había ancianos del sanedrín, ni tampoco los guardias. Ella permanecía sola, con las manos todavía atadas. Incorporándose, Jesús le preguntó: “¿Mujer dónde están?” Era la primera vez que el Maestro se dirigía a ella. Esa palabra, mujer, resonó hasta dentro de su alma, como despertándola de su dolorosa insensibilidad. No se parecía a las que usaban los guardias. Su voz era amable y respetuosa; no expresaba odio, ni rencor. Se estremeció. Miró ella también alrededor. No vio a ninguno de sus acusadores o ejecutores. Se habían ido. ¿Para siempre? ¿O para regresar otra vez con odio renovado? No supo qué responder. ¿Estaba soñando?

Jesús cambió la pregunta. Ahora se acercaba más en concreto a ella. “¿Nadie te ha condenado?” Era la primera vez que Jesús hacía directa alusión a su estado, que implicaba su pecado, el ser acusada y condenada. Ella, era para Jesús, en

primer lugar una mujer, una persona humana, triste y cargada con su pecado. ¿No había llamado mujer, también a su propia madre en las bodas de Caná? No le habla de muerte, sino de una condena, que puede ser corregida. ¿Qué significaba esta pregunta? Era evidente que nadie la estaba acusando en este momento y, menos, para condenarla a muerte. Las cuerdas se aflojaron de alrededor de sus muñecas y cayeron al suelo. Ella sintió el vacío alrededor de sí. Todo el mundo había desaparecido como por encanto. Estaba sola con Él, sin ciudad, sin tierra, sin un mundo al cual referirse. ¿Qué significaba esta otra pregunta? ¿Quería decir que estaba libre? Casi se desmayó, de cara a lo increíble; sus fuerzas le abandonaban. Ya no era nada, ni nadie; nadie de quienes le condenaran, de quienes le lanzaran piedras para denunciar su pecado; para destruirla a ella juntamente con su culpa. No se pudo caer, porque Él la tenía amarrada con un hilo invisible que de momento en momento se hacía más fuerte.

Ella respondió: “Nadie, Señor.” Pero esta palabra casi no salió de sus labios y rompió en sollozos. ¿Cómo pudo llorar? Habían pasado años desde que había dejado de llorar. Sus lágrimas se habían secado a la vez que su idea de pecado y de vergüenza. Ahora, de repente, todos sus recuerdos la habían asaltado: desde muy lejos, desde antes de que su vida se sumergiera en el caos; más allá veía una existencia más clara en su juventud, ordenada y limpia. Lloraba con la fuerza irresistible de la desesperación; la desesperación por no poder rehacer el camino andado, regresar a aquellos otros tiempos. ¿Habría en su alma todavía algo, correcto y limpio, sobre el cual fundar una nueva conducta digna de ese Maestro?

No lo sabía... no lo veía pero, la fuerza que irradiaba de ese hombre la mantenía en pie. No podía pensar, ni recordar, ni hablar. Era la nada que flotaba delante del todo. Él era la vida. Se había enderezado; era alto, fuerte; su mirada se posaba ahora sobre ella. No lo podía ver, porque las lágrimas le empañaban los ojos pero sentía la fuerza de esa mirada. ¿No será ese el Mesías, la esperanza de nuestro pueblo? Mucha gente lo ama; otros lo odian. La mujer adúltera comprendió que todo el universo se reduce a estas dos palabras: amor y odio. Su vida había transcurrido en el odio y su desenlace iba hacia la muerte. En ese instante, frente a ese hombre, desconocido pero misterioso se prendía esa luz que había brotado dentro de ella misma y que la empujaba fuertemente hacia Él. Y esta luz crecía y anunciaba algo que parecía amor. ¿Amor a quién? Ese se parecía a Dios. Y se arrodilló delante de Él.

“Jesús le dijo: Yo tampoco te condeno.” (Jn. 8, 11) Se establecía una simple oposición: aquellos y yo. Aquéllos la habían abandonado; yo tampoco la condeno pero había una diferencia: Aquéllos cumplían con una ley. ¿Qué significaba eso de que Él tampoco la condenaba? Lo que ha escrito en el suelo son los mandamientos de Dios y los pecados de los hombres. ¿Se retiraron por esta razón mis acusadores? ¡Los ha puesto de frente a sus propios pecados! ¿Por qué a mí no me condena? Él seguramente conoce todos mis pecados. ¡Así de simple! ¿Me despide con todo mi cargamento de errores y pecados? ¿Cómo soportaré ese peso a lo largo de mi vida? ¿No sería mejor que me castigara sin piedad? Ya comprendo que el ser humano no puede vivir ahogado en la podredumbre de sus culpas. ¿Puede alguien liberarlo de ella?

La mujer, ahora, se secaba sus lágrimas y se esforzaba para recuperar un poco de su equilibrio. Se reflejaba en la seguridad y paz que irradiaba del rostro de Él. Le parecía que su rostro era como el de un ángel, que sus ojos penetraban hasta el fondo de su alma. Tenía deseo de preguntarle: ¿Por qué me deja ir? ¿Qué esperas de mí? Como si Él viera sus pensamientos, oye la voz que le da la respuesta: “Vete.” (Jn. 8, 11) Entendió que la dejaba totalmente libre. El camino de su vida que había visto cerrarse frente a una montaña pavorosa de rocas, volvía a abrirse delante de ella. La muerte, la desgracia, el odio, las piedras que aplastan, se iban desvaneciendo como la neblina que se disipa al regreso del sol. Libre de todo; pero nunca se libraría de Él.

¿Cuál sería su vida, después de esa muerte que se disolvía, poco a poco, en la memoria? Jesús estaba delante de ella, pero parecía cada vez más distante y ella cada vez más sola. Estaba en medio de un desierto de espacios sin límites. Desaparecían, la muchedumbre de los peregrinos, las voces de los mercaderes, el crepitar de las llamaradas de los sacrificios. Sólo quedaba Jesús, en medio, a dos pasos de distancia. Si alargaba la mano, lo podía tocar pero nunca se atrevería a hacerlo. Él pertenecía a un mundo limpio, santo, luminoso. Libre... ¿para qué? Irme... ¿a dónde? Sentía detrás de sí un pasado oscuro que amenazaba volverla a capturar. No podía mirar hacia atrás. Él era la luz y la fuerza; pero inasible, inalcanzable.

Ya, la gente se estaba disponiendo para escucharlo y lo miraban con respeto. ¿Cómo irme si yo también soy presa de Él? Tú me has regalado la vida; ahora

te pertenezco para siempre. ¿A dónde iré lejos de Ti? Entonces Jesús añadió su última palabra: “En adelante no peques más.” (Jn. 8, 11) Se sintió perdonada, lavada. El pasado había desaparecido, el pecado también. Él se refería a un futuro sin pecado, invadido por Dios. Aquello que Él pedía era tan simple: Ir con Él, trabajar con Él, vivir con Él. ¿No era esto amor?

La gente se apretaba cerca de Él y Jesús empezaba a hablar con ellos. Esta última palabra a la adúltera iba acompañada por una mirada. Jesús empezaba a hablar del reino de los cielos. ¿Qué significaba esta mirada? ¿Era su despedida? ¡No peques más! ¿Sólo una recomendación y un adiós? O, bien, mientras se alejaba le lanzaba este rayo de luz, como una cadena invisible que la ataba más fuertemente a Él. Era como decirle: ¿Estás ahora conmigo y serás santa como yo soy santo? La mujer veía la felicidad pintada en la cara de los que estaban con Él. Había otras mujeres que, al parecer, le conocían y estaban pendientes de sus labios. También estaba un grupo de hombres quienes se mantenían a su lado.

Ella se aproximó a las mujeres y vio que no la rechazaban; al contrario, veía en sus rostros la bondad y la paz. Nadie la discriminaba, sintió que la recibían con cariño. Alguien le dijo: Ven con nosotros, hermana, a escuchar al Maestro, Él es el Señor. Se fue con ellas y sintió que allí reinaba el amor. Con ellos será fácil no pecar. De repente, Jesús levantó la voz para que todos le oyeran y dijo:

*“Yo soy la luz del mundo;
el que me siga, no caminará en la oscuridad
sino que tendrá la luz de la vida.” (Jn. 8, 12)*

Le pareció que hablara todavía para ella. Respondía a su inquietante pregunta: ¿Cómo no pecar más? No sólo le había regalado la vida; ahora le guiaba por el camino nuevo. No decía el Salmo 34, 12: “Os voy a enseñar el temor del Señor.” Jesús hablaba para cada uno y el corazón de la gente iba tras Él. Recordó el Salmo 16, 11: “Enséñame, Señor, el camino de la vida.” Pero, por otro lado, avanzaba una muchedumbre organizada de fariseos, levitas y sacerdotes, quienes se acercaban con aire amenazador y le acosaban con preguntas, mientras en sus caras se veía el odio. La mujer reconocía ese odio, lo había visto pocas horas antes. “Jesús les decía: Cuando hayáis levantado al

Hijo del hombre, entonces sabréis que yo soy.” (Jn. 8, 27) Y hablaba del Padre celestial, de su padre y lo que le había enseñado. “El que me ha enviado está conmigo, no me ha dejado solo.” (Jn. 8, 29) La mujer adúltera se apropiaba cada una de sus palabras, se sentía raptada por esta aura de santidad que lo rodeaba; ya estaba identificada con ese divino Maestro.

Todos recordaban los milagros de los ciegos y demás enfermos. Jesús continuaba diciendo: “Yo hago siempre lo que le agrada a Él.” El evangelio de Juan comenta: “Al hablar así, muchos creyeron en Él.” La mujer perdonada asimilaba cada una de sus palabras, ¡todo le parecía tan claro y verdadero!... pero el grupo de los sacerdotes se mostraba más inquieto y alborotado. Jesús era el acusado y en la ira de sus adversarios se veía ya condenado. La adúltera volvía a revivir la angustia de su propia captura y condena. Veía en sus rostros el deseo de dar muerte: Ahora era la de Él, el Señor, el inocente y taumaturgo. Finalmente, la ira explotó cuando Jesús dijo: “En verdad, en verdad os digo: antes que naciese Abraham, yo soy.” (Jn 8, 58) Entonces los gritos subieron al cielo. La mujer sentía que su corazón estallaba. “Entonces tomaron piedras para tirárselas.” (Jn. 8, 59) Ella deseaba haber muerto con Él. “Pero Jesús se ocultó y salió del templo.” (Jn. 8, 59) La adúltera miró a las otras mujeres y todas, como ella, lloraban. Entonces comprendió que todas estaban dentro de un mismo gran amor y que sólo vivían por Él y con Él. Comprendió lo que significaba no pecar más, significaba amarlo a Él y sufrir por Él. Y entendió que ella también había sido llamada.

En este momento, la mujer perdonada desaparece del Evangelio y se funde con el grupo de las mujeres que lloran por la pasión del Señor. Sabía que en este dolor se encerraba una esperanza: “Cuando hayáis levantado el Hijo del hombre, entonces sabréis que Yo soy.” (Jn. 8, 28) Ella sabía que la liberación de su muerte estaba atada a la muerte de Él y, su vida, a la resurrección de Él, vida por vida y sangre por sangre. La idea del Salvador del mundo empezaba a brillar en su mente e iluminar su corazón. Yo soy, significaba: Yo soy Dios.

No sería nada extraño que su nombre fuera el de Verónica, ciudadana de Jerusalén, olvidada por los evangelistas y que la volvamos a encontrar en el camino del calvario ofreciéndole a Jesús una toalla empapada de agua caliente, para limpiarle la cara de la sangre, en la hora del sacrificio total. ¿Quién más

que ella se atrevería a pasar por la autoridad de los soldados y pasar en medio de la muchedumbre para acercarse al condenado? ¿Quién más que ella sería digna de llevarse en el lienzo la huella de su rostro? ¿No había estado ella frente a Él, cara a cara, condenada a muerte, contemplando el poder de su inocencia; ella atrapada por el poder de las tinieblas, perdonada por el que había puesto en luz las vergüenzas ocultas de sus acusadores? ¡Oh... creyente anónima, que te expusiste a ti misma y tus lujurias, a costa de hacer el ridículo delante de todos tus conciudadanos, para declarar la inocencia del que ellos habían desafiado a que te condenara! Juan, el discípulo amado, reconoció tu fe y recogió la memoria de tu conversión, porque ante el terror de la muerte, reconociste el amor eterno de Dios, hecho peregrino entre nosotros.

EL CANTO DEL CORDERO

INTRODUCCIÓN SEGUNDA PARTE

ORIENTACIÓN

La primera parte de estas Oraciones de Acogida se publicó con el título de **L**Amigo del alma y refleja los primeros episodios de los Evangelios en los que Jesús toma la iniciativa para acercarse particularmente a una persona: la viuda junto a la camilla del hijo; Pedro en su barca; la Samaritana, Jairo y su niña muerta, la aparición de la tempestad, el paralítico de Betzató, Marta y María; la mujer adúltera. Cada escena descubre un drama interior y la obra de sanación del Maestro quien establece un lazo de amor con el alma y la conduce desde la simple admiración hacia la fe verdadera.

Esta segunda serie avanza siguiendo el simple orden de los Evangelios. Nos aproxima a los momentos más angustiosos y dramáticos de la historia de Jesús: los últimos días en el templo, la tensión creciente entre Él y las autoridades sacerdotales y las declaraciones cada vez más atrevidas y desafiantes acerca de la divinidad del Mesías. Estas últimas oraciones de acogidas giran alrededor del momento crucial del sacrificio y el increíble hecho de la resurrección. Este es proclamado en el Apocalipsis de San Juan. Allí el Cordero es el triunfador de toda la maldad de los hombres. Siete ángeles cantan el himno de la justificación al Cordero (Apoc. 15, 3): “Cantan el himno de Moisés, siervo de Dios y el cántico del Cordero diciendo:

*Grandes y maravillosas son tus obras,
Señor, Dios Todopoderoso;
justos y verdaderos tus caminos.
¡Oh, Rey de las naciones!
¿Quién no temerá, Señor,
y no glorificará tu nombre?*

*Porque sólo tú eres santo,
y todas las naciones vendrán
y se postrarán ante ti,
porque han quedado de manifiesto
tus justos designios.”*

Es el momento final de la historia. El Cordero que ha sido sacrificado; tiene ahora el poder sobre todas las naciones. Los hombres serán juzgados por su fe o su falta de arrepentimiento. Salieron del santuario los siete ángeles a derramar las siete copas del furor de Dios (Apoc. 16, 1) pero los adoradores de la Bestia blasfemaron el nombre del Señor y no se arrepintieron (Apoc. 16, 9). El letrero clavado por Pilatos en la cabecera de la cruz será para siempre el punto de referencia para los que se salven y los que se condenen. “Surgieron los siete reyes de la gran Ramera” y habrá una batalla final: “Estos harán la guerra al Cordero, pero el Cordero, como Señor de Señores y Rey de Reyes, los vencerá en unión con los suyos, los llamados, los elegidos y los fieles” (Apoc. 17, 14). En el sacrificio de Jesucristo se resume la sangre de todos los profetas. Al final de su predicación, las muchedumbres entusiasmadas han desaparecido; los apóstoles se dispersaron. Jesús permanece sólo, el único. Sólo, denunciando la depravación del culto antiguo; sólo, proclamando la divinidad del Hijo; sólo, en el templo escuchando la voz del Padre; sólo, en el Getsemaní, en la hora de la traición; sólo, anunciando su regreso en las nubes del cielo. Es el final de una era. El tiempo se ha agotado, ha llegado al punto cero. “Mira que hago un mundo nuevo” (Apoc. 21, 5). La construcción de la nueva humanidad ya ha comenzado en el día de la Pascua. La muerte ha sido vencida, el resucitado habla de inmortalidad. Las llaves de la salvación están en sus manos, el rebaño disperso ha sido reunido en la gloria. -“Porque el Cordero que está en medio del trono los apacientará y los guiará a los manantiales de las aguas de la vida.” (Apoc. 7, 17)

En el instante más encendido de la ira de Caifás, Jesús tiene la visión de este triunfo: “Y veréis el Hijo del hombre sentado a la diestra del Poder y venir entre las nubes del cielo.” (Mc. 14, 62) Esta afirmación lo traslada al día final del mundo: “Luego vi un cielo nuevo y una tierra nueva.” (Apoc. 21, 1) Se pasa de la tiniebla de esta noche al resplandor de la luz: Toda la descripción de la nueva Jerusalén está sumergida en la luz: “Bajaba del cielo, de junto a Dios, su resplandor era como de una piedra muy preciosa, como jaspe cristalino.”

(Apoc. 21,10) Los que han pasado a través de la oscuridad de la penitencia y de la tumba, regresan a la luz. Esta vez es la verdad total la que se despliega: “La ciudad no necesita ni de sol ni de luna que la alumbren porque la ilumina la gloria de Dios y su lámpara es el Cordero.” (Apoc. 21, 23) Todo este derroche de luz es precisamente la antítesis de los días de tristeza que aguardaban la pasión y muerte de Jesús. Él había anunciado el dominio de las tinieblas. La oscuridad triunfará sobre el Calvario en la hora del holocausto. La noche penetraría en la tumba juntamente con el cadáver del Hijo de Dios.

¿Quién podrá creer en un regreso a la vida? Las oraciones de acogida de esta última parte nos preparan para reconocerlo como viviente. Se mostrará en la mañana luminosa de Pascua, por la calzada de Emaús, en el amanecer sobre el lago y en la tarde brillante de la Ascensión. El triunfo de la luz ya ha empezado con Él. No se niega la dificultad que encontrarán sus siervos para serle fiel: “Que el injusto siga cometiendo injusticias y el manchado siga manchándose; que el justo siga practicando la justicia y el santo siga santificándose.” En una parábola había dicho: Dejad que la cizaña crezca junto con el buen trigo, hasta el momento de la cosecha; “mira, pronto vendré, dichoso el que guarde las palabras de esta profecía.” La idea de este regreso final es el tema de toda la Apocalipsis. Para realizar este momento, Él va a la muerte. “Pronto vendré y traeré mi recompensa conmigo para pagar a cada uno según su trabajo.” Sin este horizonte maravilloso, su pasión y muerte no tendrían sentido. La verdad brilla desde la perspectiva final. “Yo soy el Alfa y la Omega, el Primero y el Último, el Principio y el Fin.” De Él había dicho el Bautista: “Viene un hombre detrás de mí, que se ha puesto delante de mí; porque existía antes que yo.” Estas palabras empalman con la Introducción del Evangelio de San Juan: “En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba con Dios y la Palabra era Dios.” Aquello que fue pensado desde el comienzo, se realiza en la etapa final, para Dios no hay tiempo, todo está presente. Todos pecaron y están privados de la gloria de Dios. Con la venida de Jesucristo ha comenzado una nueva etapa en la historia humana, ya que esta venida fue una manifestación de la justicia y fidelidad de Dios. La justicia de Dios se ha manifestado por la fe en Jesucristo. Él cambia la relación de la humanidad con Dios. Si antes todos pecaron, ahora: “son justificados por el don de su gracia.” (Rm. 3, 24) Esta es la obra realizada por Jesús en los días cruciales de su existencia terrena. Las dos palabras morir-resucitar estarán unidas por siempre, para Jesús y para todos los creyentes.